

# Prólogo

*El primer bastón sólo tenía un extremo*

PIERRE BRISSET

Enriquecer la biblioteca es una compulsión compartida por los dueños del mundo y por aquellos que pretenden penetrar los secretos del mundo. En todos los casos se trata siempre de conservar, de acumular libros hasta el infinito, de reunir “paralelamente”, como dice el poeta, la esencia o la totalidad de lo que se ha dicho, estudiado y contado. Al menos para comprobar el tamaño de lo que así podría conseguirse.

Ahora bien, el tamaño importa poco: una biblioteca será grande para una determinada comunidad aunque contenga un puñado de manuscritos, aun cuando la unidad de medida habitual en otro sitio sea el millón de libros: los monjes de Patmos estaban tan orgullosos de sus 330 libros en el siglo XIII como la Biblioteca del Congreso cuando superó los 100 millones al finalizar el segundo milenio. Incluso han existido bibliotecas universales de un solo libro que serán, como veremos, las más difíciles de destruir.

Los mismos estados, cual aficionados silenciosos, han perpetuado pomposamente este ejercicio obligado de algunos poderosos que se destacan por su imbecilidad. Pero como si Prometeo practicara con el suplicio de Sísifo, pareciera que esta proeza contiene y acepta su propia condena: generaciones y fortunas enteras pueden consumirse en esta empresa, mientras que, cuanto más se progresa, más crece la dificultad de clasificar y conservar —y, en menor medida, de leer, ya que el libro se esconde en la biblioteca como un árbol en el bosque—, o el riesgo de ver las colecciones consumidas por el fuego o por el agua, los gusanos, las guerras o los terremotos. Y en gran medida, y con más frecuencia de la que imaginamos, la abierta voluntad de actuar como si nunca hubieran existido.

¿Por qué? Porque un pueblo instruido no se gobierna fácilmente, como decidieron los legisladores de la antigua China o los nazis en Checoslovaquia; porque los países conquistados deben cambiar de historia o de creencias, como los aztecas; porque solamente los iletra-

dos podrán salvar el mundo, como predicaban los milenaristas de todas las épocas; porque la naturaleza de tal colección pone en peligro el nuevo poder, como el taoísmo para los mongoles, o el chiísmo, o la reforma. A estos ejemplos podría agregarse la ocasional autodestrucción para evitar problemas, habitual en la China imperial o durante la revolución cultural. Pero hay una razón aún más profunda, que acompaña siempre a las otras, y es que el libro es un doble del hombre: quemarlo equivale a matar. A veces son inseparables. El sociólogo de Berkeley Leo Löwenthal —además de Gérard Haddad en Francia para el libro judío— es el único que se ha ocupado de este fenómeno de asimilación del libro al hombre y de su desgracia compartida. En su ensayo *Calibans Erbe* Löwenthal enumera algunas de las bibliotecas trágicas conocidas hasta 1983 y ensaya un psicoanálisis de la humanidad que la repetición —porque este “calendario tiene numerosas fechas”— parece volver urgentemente necesario. Sin ese paso, “la continuidad del sentido de la historia cae en la nada”. Pero él no pudo continuar la historia y en la actualidad el trabajo sigue incompleto.

De los miles de grandes y pequeñas colecciones que este estudio menciona o permite consultar, no todas fueron incendiadas, cubiertas de excrementos ni arrojadas a un río. Muchas fueron incautadas o dispersadas, de una sola vez o tomo por tomo, por estupidez, lucro o necesidad, y así se puso fin a una entidad quimérica o se dejó huérfano a algún pueblo lector, familia intelectual de “horizontes borrados”, como dice otro poeta, sin obtener por ello la gloria de una cruel apoteosis que abre el camino de la eternidad.

Inversamente, cuanto más grande es la institución, más encubre un vampiro insaciable o un depredador cuyas acciones se olvidan rápidamente. *Biblioteca rica* implica *bibliotecas muertas*, y debería llamarse Museo del Botín Colonial y de la Sórdida Rapiña. Para tomar un ejemplo al azar, Francia consiguió libros fabulosos y gratuitos en Hué, Dunhuang o Lovaina, en Egipto, España e Italia con Napoleón, en África del Norte, e incluso en París en 1940. No continuaremos, ya que esa propensión se ha calmado un poco últimamente. Pero algún día deberá considerarse la restitución.

Allí donde un andamiaje de conocimiento se desmoronó suelen quedar ciertos vestigios: una inscripción en una piedra astillada, por ejemplo, en Timgad, cuatro códices incompletos para todas las sentencias y

conocimientos de los mayas, dos fragmentos de oraciones para Cartago, cuando no una dudosa línea para un desconocido, o, al contrario, una plétora de comentarios patéticos, a veces retorcidos, que terminan por ocultar lo que en realidad sucedió.

El concepto de la acumulación radical de las ideas es un mito primordial, capaz de reemplazar a tal o cual dios. El Talmud, por ejemplo, refiere la existencia de una vasta biblioteca antes de la creación del mundo. El Corán confirma que la misma existe y existirá por toda la eternidad. Y se llega aún más lejos: existía antes de que el Creador se creara a sí mismo según los vedas.

La biblioteca se estremece con los fantasmas que preceden al libro. La de Brahma y la de Odín se describen como una serie de copas de leche que deben ingerirse para convertir a un hombre hasta ese momento completamente normal en “poeta y hombre sabio”. Los babilonios dicen que el cielo se hace leer, ya que el zodiaco dispone los libros de la revelación mientras que las estrellas fijas constituyen los comentarios al margen —a menos que en realidad suceda lo contrario—. Y Berosio, sacerdote y adivino que inventó el cuadrante solar, al escribir bajo el reinado de Alejandro una historia de la civilización “según fuentes antiguas”, atestigua que antes del diluvio la capital del mundo se llamaba Todos los Libros.

Por otra parte, en las semanas que precedieron a este fatídico acontecimiento, Noé había enterrado todas las obras que poseía, “las más antiguas, las antiguas y las recientes”, porque creía que su peso hundiría el arca. ¿Fueron éstas las bases de las bibliotecas babilónicas? Ése era el rumor que corría, pero los sacerdotes egipcios afirman que, por el contrario, la inundación las disolvió para siempre porque no estaban hechas de tierra cocida. Se descartan por lo tanto los libros escritos por Adán después de la caída: el *De nominibus animantium*, enumeración de todo lo que se movía en el jardín del Edén, así como un apetitoso poema sobre la creación de Eva y muchas otras maravillas, que siglos de inflamada erudición atribuyeron a este autor en ciernes.<sup>1</sup> También se perdieron los textos esenciales de Caín, Set, Enoc y Matusalén. Sabemos que luego del siniestro los descendientes de Noé lanzaron una torre hacia el firmamento para tratar de reconstituir esta primera gran colección, que su dueño bien habría podido instalar en la bodega en vez de tantos animales intrascendentes.

Creación equivale a cremación. De este mito fundador de la biblioteca universal, que coloca al hombre a la par del cielo, lo que se graba en la

memoria es la tragedia de su ruina, más que la envergadura alcanzada o las peripecias que lo enriquecieron.

De la maldad pura a la inconsciencia organizada pasando por la más absoluta ignorancia, veremos, siglo tras siglo, el variado rostro de la barbarie, con el riesgo de comprobar al final que se encuentra demasiado cerca del nuestro. Demasiado cerca. Es demasiado parecido.

## NOTAS

<sup>1</sup> Ernest Richardson, *The Beginnings of Libraries*, Princeton, 1914. Para descubrir a Pierre Brisset, véase Raymond Queneau, *Los confines de las tinieblas: los locos literatos*, Madrid, 2004. El “paralelamente” es de Jorge Luis Borges; la fórmula “horizontes borrados” de Victor Hugo en algún lugar de *Los miserables*.

## 1. La cuna de las bibliotecas

*Era el tiempo de auroras boreales invisibles en las salas de espera  
del diccionario*

BENJAMIN PÉRET

### CUANDO LA TIERRA TENÍA LA PALABRA

La gran biblioteca que presumiblemente es la más vieja del mundo tiende a resistir mejor que sus jóvenes hermanas el paso del tiempo: se la puede ver, evaluar incluso, aún hoy, leer una parte considerable de sus libros gracias a la solidez de sus textos, preservados en materiales de construcción: los primeros escritos, antes de que la voluntad de conservarlos se manifestase alrededor del 2500 a. C., habían sido recuperados por un albañil de Uruk para construir más rápidamente los muros.<sup>1</sup>

Sobre la arcilla recogida entre el Tigris y el Éufrates se inscribía el sumeroacadio, vulgarmente llamado “cuneiforme”, que servía para unas diez lenguas de variada naturaleza. La tablilla se secaba al sol, lo que la hacía bastante frágil, o en el horno, para lo cual se desarrolló un sistema de finas chimeneas que evitaban que estallase. Eran objetos casi indestructibles, salvo que existiera la firme voluntad de hacerlas desaparecer, como de hecho aconteció. Pero también sucedía que estantes enteros de libros se desplomaban con el paso del tiempo, y sólo se conservaban entonces los documentos que esa madera destruida había sostenido, permitiendo así a algún arqueólogo con suerte el descubrimiento completo de su clasificación de origen. En cuanto a los incendios, responsables de la desaparición de la mayor parte de las bibliotecas a lo largo de la historia, en este caso vitrificaban cada página *ad aeternam*.

Ya en época de los sumerios se colocaban los textos y los archivos en canastas de mimbre, bolsas de cuero o cajas de madera con una etiqueta también de tierra cocida. Una tablilla de arcilla que se encuentra en el museo de Filadelfia contiene una lista de 62 títulos de obras literarias que datan del 2000 a. C. Más tarde, en Babilonia, la dinastía de Hammurabi se reveló ávida de colecciones de textos de las otras ciudades-estado. Así estaba escrito, si cabe decirlo: la primera gran bibliote-

ca nacional, enciclopédica, sólo podía hacer su aparición en Mesopotamia. Y eso es lo que sucedió, sólo que lo sabemos desde hace poco tiempo.

En 1850 el joven y apuesto Henry Austen Layard descubre sin proponérselo el sitio de Nínive, en el túmulo del “pequeño cordero”, en Qu-yundjik, frente a Mosul. El cónsul francés Paul-Émile Botta había fracasado en el intento, razón por la cual Layard, en sus memorias, se burlaba de él y de las precauciones que tomaba en sus búsquedas. Financiado por el Museo Británico, este aventurero devasta sin miramientos la mitad de las 71 salas del “palacio sin rival” de Senaquerib, y reúne miles de bronce, vasijas, armas y marfiles, pero sobre todo gigantescas piedras murales en relieve y toros androcéfalos. Menciona al pasar que “pequeñas tablillas rectangulares de arcilla cruda de color oscuro se hallan en el suelo de las cámaras”; en ciertos lugares sus botas se hundían 30 o 50 centímetros en lo que él cree son restos de vasijas. Incluso los especialistas en Asiria creen que esas marcas en la arcilla “son combinaciones que realiza el artista para lograr una extraña decoración sobre los muros del palacio”.<sup>2</sup> Tres años más tarde, al sudoeste del sitio, los equipos descubren la “cámara de la caza del león”, ornada de bajorrelieves hoy célebres, inmediatamente apreciados por los británicos, que les atribuyen mucho más valor que a un montón de greda vieja que pisotean sin cuidado una y otra vez. Esta vez se topan con dos salas llenas de tablillas: se trata del palacio del nieto de Senaquerib, llamado Asurbanipal. Por entonces es un perfecto desconocido: su nombre no aparece en la antigüedad. Hoy es célebre por su *girginakku*, “biblioteca” en sumerio.

Rey a partir de diciembre de 669 antes de nuestra era, hizo reunir en Nínive la más importante biblioteca conocida hasta el momento. Para ello envió escribas a cada región del imperio (Asur, Nipur, Akad, Babilonia) para buscar todos los textos antiguos que pudieran encontrarse, para ser recopilados, revisados y copiados —con frecuencia por él mismo—, y luego clasificados en su palacio, merced a lo cual pudo un día decir: “Yo, Asurbanipal, obtuve la sabiduría de Nabu, aprendí el arte de escribir sobre tablillas. Resolví el viejo y oscuro misterio de la división y de la multiplicación. He leído elegantes textos de los sumerios y oscuras palabras de los acadios, he descifrado las inscripciones sobre la piedra de los tiempos de antes del diluvio.” De la paleografía cuneiforme, dice que las palabras son “herméticas, sordas y desordenadas”.

Las piezas, que contienen 1 200 textos distintos, demuestran lo que era una biblioteca real hace 25 siglos: en nuestros términos, más poesía pura que derecho. Se trata de invocaciones, rituales, materiales adivinatorios, léxicos de sumerio, relatos épicos, entre ellos la *Epopéya de Gilgamesh*, el relato de la creación, el mito de Adapa, el primer hombre (que sin las tablillas serían desconocidos), manuales y tratados científicos, cuentos populares, como *El pobre hombre de Nipur*, precursores de *Las mil y una noches*. La consecuencia directa de la desaparición de Asurbanipal y el abandono de su herencia cultural es que las fuentes que aluden al primer gran amante de los libros, a su muerte y a la ruina de su patrimonio se pierden a partir de 631 a. C. Sólo se sabe que Nínive es arrasada por una coalición de babilonios, escitas y medos en 612 a. C., es decir catorce años después de la muerte de Asurbanipal, y se supone que las tablillas encontradas cayeron de algún piso superior durante el incendio del palacio. Tenemos la convicción de que se perdió la biblioteca real, cuyas colecciones se repartían en salas destinadas a distintos temas. Pero en el “pequeño cordero” las cosas van rápido: las 30 mil tablillas arrebatadas entre 1849 y 1854 se reúnen en gran cantidad, hasta acumular 100 metros cúbicos, es decir, el equivalente de 500 de nuestras obras de 500 páginas en cuarto; se las arroja al fondo de cajas y canastas para llevarlas a Basora y luego a Londres, donde Henry Rawlinson debe recomponer los rompecabezas; lo que descubre provoca su inmediata nominación como responsable de las investigaciones sobre Nínive. Disgustado, Layard abandona la arqueología; la nación, agradecida por la riqueza aportada a sus museos, lo nombrará ministro, embajador y noble.<sup>†</sup>

Asarhadon, padre de Asurbanipal, escribía en julio del año 672 antes de nuestra era: “Este palacio envejecerá, se volverá ruinas; levantad esas ruinas y, tal como yo he dejado mi nombre al lado del padre que me engendró, Tú que reinarás después de mí conserva la memoria de mi nombre, restaura mis inscripciones, vuelve a erigir los altares, escribe mi nombre al lado del tuyo.” Joachim Menant, que lo cita, agregaba en 1880 refiriéndose a estos fabulosos descubrimientos: “No podemos prever lo que el futuro nos reserva en este tema.” Sin embargo, era sencillo: más pillajes, bombas y estúpidas destrucciones, como veremos más adelante.

Según suponen algunos investigadores, la *girginakku* del “rey de

<sup>†</sup> Se dice que ciertos rasgos de este personaje interesante aunque no totalmente honorable inspiraron al Indiana Jones del celuloide.

todo, rey de Asiria” pudo haber reunido medio millón de tablillas y alrededor de cinco mil títulos. Dada la resistencia intrínseca de este tipo de libros, podemos imaginar la parte más grande enterrada todavía en el sitio de Quayundjik, a merced de las depredaciones directas e indirectas provocadas por las repetidas guerras del Golfo. Los curadores de museos occidentales están desolados: se les ha prohibido formalmente adquirir antigüedades robadas. Ahora bien, ¿qué es una tablilla asiriobabilónica separada de su contexto, de las otras secciones pertenecientes al mismo libro, despojada de datos históricos y científicos que puedan acompañar su descubrimiento por parte de un arqueólogo, sino un nido de polvo en la vitrina de un coleccionista de Texas o de cualquier otro sitio?

Mil kilómetros y tres siglos más lejos ya no se utilizaba la tierra para escribir. El espíritu de otra biblioteca, esta vez verdaderamente consumida por el fuego, ronda algunas noches por la terraza del palacio de Darío I y de Jerjes en Persépolis. Una de sus oscuras salas se llamaría “fortaleza de los escritos”; se dice que allí se guardaban los archivos, grabados en plomo o en estaño, de los reyes aqueménidas. En la sala 33 del edificio llamado del Tesoro, bajo un metro de detritus y de fragmentos de cedro completamente calcinados, los arqueólogos descubrieron una espesa capa de 45 a 75 centímetros de gruesas esferas que contenían sellos y efigies: eran etiquetas. Para confeccionarlas se comprimía un puñado de arcilla blanda en la mano y con una pequeña cuerda se la ataba a un bien precioso. En la arcilla se imprimía entonces la huella de un sello, el del rey propietario. El furioso incendio que devastó el lugar hizo desaparecer los objetos que designaban y que, según George Cameron, eran rollos de textos. Ahora bien, parece que allí se encontraban los dos únicos manuscritos del sacerdote Zoroastro, “el libro de los libros de Persia”. La leyenda magnífica bastante los hechos y asegura que la copia contenía 20 veces 100 mil líneas en letras de oro sobre 5 200 cueros de vaca, agregando que se salvó de este incendio pero fue quemada en Alejandría menos de tres siglos más tarde. Pero este periodo habría dejado alguna huella. Como en Tebas, Beocia o Tiro, fue Alejandro Magno quien ordenó este lamentable desastre, en 330 antes de nuestra era. Su fantasma, sin embargo, susurra que fue un accidente, mientras que todos los autores desde Arriano lo acusan de manera unánime. La decisión de destruir el palacio de Persépolis y su contenido corresponde tan poco con la imagen del conquistador legendario que la duda ha logrado instalarse, principalmente entre sus aduladores.

Evocaciones, sueños, cuentas y cuentos de la humanidad son indisociables de la materia en la que se inscriben. Sin embargo, con el paso de los siglos ésta se vuelve cada vez más frágil. Y, con cada cambio, resulta más vulnerable.

## NOTAS

<sup>1</sup>Para Uruk (Warka) al igual que para Ebla (Tell Mardikh) y sus estanterías borradas, véase Daniel Pott, *Mesopotamian Civilization: The Material Foundations*, Ithaca, 1997.

<sup>2</sup>Joachim Menant, *La Bibliothèque du palais de Ninive*, París, 1880 (este libro está disponible en la página de gallica.bnf.com).